

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

EL CONFLICTO SINO-VIETNAMITA

Pocos conflictos armados se han producido con tanta preparación verbal por parte de uno de los beligerantes como el iniciado el 17 de febrero entre China Popular y Vietnam. Desde hacía más de un año, Pekín no cesaba de denunciar a voz en cuello las tropelías y expulsiones masivas de que eran objeto en particular los chinos afincados en la región fronteriza del Norte de Vietnam. Con el tiempo, la quejumbrosa denuncia se tornó advertencia, hasta convertirse en amenaza claramente formulada el 7 de febrero por Deng Xiaoping, acaso fortalecido por el recién conseguido apoyo del mundo occidental para llevar a cabo las «cuatro modernizaciones». Vietnam merecía una «lección». Entonces el derrocamiento de Pol Pot era hecho consumado, mientras las tropas del FUNSK y vietnamitas se expandían por el territorio camboyano. Eran circunstancias que favorecieron la propaganda de Pekín tendente a presentar el pleito con su vecino en términos de «pacífica y pequeña China» amenazada por el «belicoso gran Vietnam» invasor de Camboya.

La ofensiva china no cogía a Vietnam de sorpresa. A finales de diciembre, el general Giap ya había aludido a «una eventual guerra de agresión de gran envergadura». La guerra fue y «no fue de gran envergadura», pese a iniciarse el ataque chino con unos 100.000 hombres. De entrada penetraron 10 kilómetros en territorio vietnamita por la región de Long Son y provincia de Cao Bang. No era un camino nuevo para China. En el transcurso de los siglos ha atacado e invadido reiteradamente Tonkín. Pero no todo fue coser y cantar—o disparar y avanzar—para las tropas chinas. La apisonadora bélica tropezó con tenaz resistencia por parte del aguerrido y bien armado ejército vietnamita y milicias, resistencia propiciada por el terreno montañoso y arbolado que se presta al éxito de la llamada «gran guerrilla». En criterio de los especialistas, la dominan los estrategas vietnamitas, sobre todo cuando disponen de medios militares modernos como misiles suelo-suelo y cañones de 130 mm. Ello explica que, pese

a disponer de medios para una guerra relámpago y decisiva, la URSS no volara en auxilio de Hanoi, como se temió y pudo suceder, aparte de que el Kremlin suele rehuir las reacciones apresuradas. Pero a finales de febrero, los países del Este consideraron la posibilidad de constituir cuerpos de «voluntarios» y de prestar ayuda concreta al Vietnam amigo y, en cierto modo, aliado, lo que dista de una no intervención indefinida. Tal evidencia el ataque a la invasión china de Vietnam formulado por Leonid Breznev durante la estancia en Moscú del presidente Giscard d'Estaing. Es más, el jefe del Estado soviético afirmó sin ambages que, de producirse una nueva acción militar china en la zona, «podría encontrarse con una firme respuesta soviética». La advertencia soviética deslumbra por su claridad. La eventualidad de que la URSS tomara cartas en el asunto unida a la conveniencia de atender los consejos prodigados por el ministro norteamericano del Tesoro, Michael Blumenthal, en viaje a Pekín, que no dejaría de condicionar el apoyo occidental a un comportamiento sosegado y pacífico de China Popular, hicieron las veces de un «alto el fuego formal». El 1 de marzo, Pekín propuso a Hanoi que se iniciaran conversaciones de paz «lo antes posible».

«Lo antes posible» ha sido el 18 de abril. No fue preciso que se iniciaran para que se pusiera de manifiesto que los respectivos puntos de vista eran tan dispares que, llegar a una coincidencia, traducida en acuerdo, había de requerir largas conversaciones, o sea, mucho tiempo, que no es oro para los asiáticos. Así, según declaró antes de partir para Hanoi el jefe de la delegación china, viceministro de Asuntos Exteriores, Han Nianlong: «China exigirá la retirada de las tropas vietnamitas de Camboya», por estimar que su presencia en ese país era un acto de imperialismo o «pequeña hegemonía». Han Nianlong echaba en olvido que en 1950 China invadió el Tibet que, de territorio tributario, donde China ciertamente tenía «derechos de supremacía» reconocidos por el Tratado de San Petersburgo de 1907, pasó a ser territorio anexionado, y que en enero de 1974 ocupó militarmente las islas Paracelso, equidistantes de la isla china de Hainan y de la costa central de Vietnam, de las que no se han determinado jurídicamente a qué país pertenecen. En cambio, el ministro vietnamita de Asuntos Exteriores, Fan Hien, se limitó a encerrar las negociaciones en el marco de «las relaciones bilaterales». Por consiguiente, entre Camboya, donde a finales de abril proseguía la resistencia de los jemers rojos en la frontera con Tailandia, las provocaciones vietnamitas denunciadas por Pekín, la acusación de Hanoi de nuevos ataques fronterizos y permanencia de fuerzas chinas

en territorio vietnamita—acusaciones formuladas cuando las negociaciones habían empezado su renqueante andadura—, el transfondo de un contencioso territorial, las propuestas y contrapropuestas en tantos o cuantos puntos y el intento de mediación del secretario general de la ONU, Kurt Waldheim—rechazada por Hanoi—, sin olvidar la paciencia asiática, da un total que permite vaticinar que las conversaciones sino-vietnamitas pueden ir para largo. Y hasta quizá sea aventurado afirmar que desembocarán en un auténtico acuerdo de paz, por cuanto la querrela entre China Popular y Vietnam es sólo un episodio de la gran disputa entre Pekín y Moscú, que no tiende a amainar a plazo previsible. Lo prueba la decisión adoptada el 3 de abril por el Comité Permanente del Congreso del Pueblo de no renovar el Tratado de amistad, alianza y mutua ayuda suscrito en Moscú el 14 de febrero de 1950, vigente hasta el 11 de abril de 1980.

Semejante decisión disipa la amenaza que durante años gravitó sobre el ánimo de los dirigentes occidentales: la del imparable avance por el mundo del gigante chino codo a codo con el hermano soviético. La realidad, actualmente, dista de esa visión. Tal demuestra el ataque chino a Vietnam, amigo y aliado de la URSS, así como la decisión de arrojar al cesto de los papeles su tratado con ese país. En ambos casos, China ha tomado tajantes iniciativas que la convierten en jefe de fila de la resistencia al poder soviético, con el remate del reciente ofrecimiento de emplazar en su territorio equipos electrónicos norteamericanos para vigilar el cumplimiento por parte de Moscú del Tratado de SALT II, cuya firma se prevé a corto plazo. Con esta nueva iniciativa, el mundo occidental resulta invitado a comprometerse de hecho en una dinámica política en la que China Popular podría tener la libertad de dirigir los acontecimientos, aun sin ser aliado formal del mundo occidental, como la tuvo para atacar a Vietnam, con las tremendas consecuencias que podía acarrear una decisión tomada por sí y ante sí. Por supuesto, al disponerse a desarrollar a China Popular en todos los ámbitos, el mundo occidental no ha apuntado a poner en marcha una política antisoviética con acompañamiento de marchas militares, ni ha suscrito con China Popular acuerdo alguno en este sentido. Pero aun excluyendo la posibilidad de que el ataque a Vietnam entrañara un riesgo de desestabilización a escala mundial y sólo afectara a un país del Sureste asiático, queda el interrogante de las iniciativas que pueda tomar en su día una China Popular desarrollada, crecida merced a la ayuda occidental y ¡yendo a su aire!

¿SE ACLARA EL HORIZONTE EN EL PRÓXIMO ORIENTE?

A finales de marzo, las noticias se atropellaron de tal forma a las puertas de la información que algún trabajo cuesta determinar cuáles han de ser objeto de comentario, por superficial que sea. Sin embargo, no cabe pasar por alto la firma en Washington el 26 de marzo del Tratado de paz egipcio-israelí. Llevaba tanto tiempo coleando, ha motivado tanto tira y afloja, declaraciones, negociaciones, esperanzas, decepciones y furores, que el tema casi resultaba tedioso, por muy importante y ventajosa que fuera su feliz culminación, o pretendieran mostrarnos que lo era a raíz del viaje a Jerusalén del presidente Sadat que puso en marcha esa inesperada fórmula de paz en el Próximo Oriente. De todos modos, desde que se gestó semejante fórmula hasta el presente, los cambios registrados en la región quizá resten validez a un enfoque que, a un momento dado, podía ser acertado. En primer término, hay la caída del régimen monárquico en Irán. Sin ser país árabe, tiene notable incidencia en el mundo árabe petrolífero, el del golfo Pérsico o Arábigo. Tal pregona la desconfianza de Arabia Saudita respecto a la capacidad norteamericana para asegurar el salvamento del amigo que bracea en las procelosas aguas de la subversión. Las críticas abiertamente formuladas por el rey Hussein de Jordania están en esa misma tónica de desconfianza. De otra parte, la reconciliación entre Irak y Siria y su proyectada federación modifica la relación de fuerzas políticas y militares en la región. Son alteraciones que no garantizan que la paz egipcio-israelí equivalga a la paz en el Próximo Oriente, dado en particular la exclusión de los palestinos de las componendas. Es tanto más incongruente que son el meollo del largo, complejo y difícilísimo problema, aunque se les ignore. «Las cosas de las que no se habla, no existen», decía Oscar Wilde. Queda por demostrar que la paradoja es válida cuando se trata de un problema político y humano.

Por lo pronto, previa dimisión del secretario general de la Liga Árabe, Mahmud Riad, el 27 de marzo se inauguró en Bagdad la Conferencia de países árabes—con excepción de Egipto, naturalmente—, a nivel de ministros de Asuntos Exteriores y Economía y con una delegación de la OLP, representante oficial de los palestinos alejados de su suelo natal e incluso de los que en él permanecen. Y la OLP hizo oír su voz, que no es precisamente de aceptación de los hechos y paños calientes. Pero no fue trompeta de Jericó que hizo caer la muralla que separa los países árabes del «frente del rechazo» de los

«moderados» de la «no aceptación» sin estridencias. Son éstos los que tienen grandes y privilegiadas relaciones financieras y económicas con los Estados Unidos. Desde luego, la imprevista visita de tres días de Andrei Gromyko a Damasco —coincidiendo con la Conferencia— y el declarado apoyo de Moscú a la oposición árabe al Tratado de paz «impuesto por los Estados Unidos en Camp Davis» fortalecieron el «frente de rechazo» y hasta hicieron mella en el de la «no aceptación». Así Jordania, uno de los más leales amigos de Washington en el Próximo oriente, no celó su desengaño y ya en Bagdad dio muestras de inclinarse a la tesis soviética de reanudación de la Conferencia de Ginebra, en la que estuvieron presentes todos los interesados, incluso la URSS, aun sin alinearse decididamente con las posiciones maximalistas preconizadas por el «frente del rechazo» que exigía la ruptura de relaciones con Egipto en el plazo de un mes, sanciones impuestas a los Estados Unidos y suspensión de la ayuda económica a Egipto.

Esta última exigencia, tanto como un castigo impuesto a Sadat suponía asestar un golpe durísimo a la muy precaria economía egipcia, o sea, al pueblo egipcio, pues el país se mantiene penosamente a base de transfusiones de dólares procedentes de la ayuda foránea: la de Arabia Saudita, la más generosa, de Kuwait, de los emiratos árabes, hasta fecha reciente de Irán, y también de los Estados Unidos, ésta en menor cuantía. Retirla, hacía correr el riesgo de que se desfondara el régimen de Sadat y lo sustituyera un régimen «progresista», a los que son alérgicos los gobiernos de los países «moderados» árabes. En cuanto a las reclamadas sanciones impuestas a los Estados Unidos, Arabia Saudita en primer término estimó conveniente tentarse el pelo de la ropa antes de adoptar tan drásticas medidas que podían tener efecto de *boomerang* para sus intereses nacionales. A fin de no adoptar semejantes decisiones, los «moderados» alegaron que eran de la competencia de los jefes de Estado, es decir, que habían de dejarse en suspenso hasta otra conferencia. No admitieron tales razones Siria, Libia y la OLP. El 28 de marzo abandonaron la Conferencia dando un portazo. Todo parecía haber terminado. El buen sentido se impuso y los árabes no quisieron dar el lamentable espectáculo de su incapacidad para constituir un frente unido contra el Tratado egipcio-israelí. La Conferencia se reanudó el 30. Seguía dividida en dos bloques; pero sosegados los ánimos, pudo clausurarse el 31 de marzo con la adopción de acuerdos, en realidad moderados, rozando a mínimos: retirada de embajadores y ruptura de relaciones con Egipto y traslado a Túnez de la sede de la Liga

Arabe. El boicot a sociedades egipcias que negocian con Israel y la suspensión de depósitos bancarios y apertura de cuentas corrientes en Bancos egipcios, también se adoptó, con la boca chica por parte de los «moderados». Omán, Sudán, Somalia y Yibuti, sin dejar de condenar la firma por Egipto del Tratado de paz, se abstuvieron de hacer causa común con los demás países árabes, a los que por cierto se ha unido el no árabe Irán.

En suma, la Conferencia de Bagdad fue un poco el parto de los montes. Y hasta un retroceso con relación a posiciones tomadas por el país adalid de los «moderados», Arabia Saudita, tan pronto como el presidente Sadat dio el primer paso hacia Israel, paso del que los optimistas sostienen que ha de desencadenar un proceso de paz cuya dinámica irá ablandando resistencias de una y otra parte. Así, en el pasado noviembre, Arabia Saudita exigía a Egipto que en el Tratado de paz se concretara la autonomía de Cisjordania y Gaza y que figurase en él un calendario preciso sobre el particular. Pese a no haber conseguido lo que pretendía, y menos la reivindicada Jerusalén musulmana, Arabia Saudita se ha mantenido firmemente prudente llegada la hora de que la indignación árabe descargara contra Egipto y los Estados Unidos. ¿Cabe reprochárselo?

Está fuera de dudas que, en caso de ver afectados sus intereses vitales por sanciones adoptadas en Bagdad, los Estados Unidos no se hubieran privado de tomar medidas de represalia—incluso militares—para poner término a lo que hubiera calificado de chantaje. Que la utilización por los árabes del arma del petróleo es posibilidad que los Estados Unidos no descartan del todo lo indica la creación por el Departamento de Defensa de un contingente militar de 100.000 hombres destinados a una eventual intervención en el extranjero. En principio, en el Próximo Oriente y el Pacífico noroccidental, según el Pentágono, que no da puntada sin hilo. Agregó que operaría especialmente en «la supervisión del suministro de petróleo en el Medio Oriente a los Estados Unidos y Europa occidental». Las declaraciones del presidente Carter el 30 de abril sobre la conveniencia de considerar el riesgo de una «penuria de petróleo» confirman los temores norteamericanos de una crisis que podría ser funesta para el mundo occidental. De otra parte, el compromiso bilateral firmado entre los Estados Unidos e Israel el 26 de marzo—coincidiendo con la firma del Tratado egipcio-israelí—, según el cual Washington acudiría en ayuda económica, diplomática y militar de Israel si Egipto violara el Tratado e incluso cuando «Estados Unidos lo juzguen necesario», sugiere que la Administración Carter no las tiene todas consigo en cuanto a que

sus desvelos por asentar la paz en esa región surtirán el efecto esperado. En todo caso, a finales de abril el Comité de Relaciones Exteriores del Senado aprobó una ayuda a Israel por valor de 4.800 millones de dólares por un período de tres años, además de créditos de venta de material militar por 2.200 millones de dólares. Egipto había de contentarse con 1.500 millones de dólares en créditos militares y ¡300 millones de ayuda económica! Es más, los Estados Unidos parecen no estimarse a salvo de una desagradable sorpresa como la que deparó la caída del Sha. La división del bloque árabe entre conservadores y radicales no es garantía de que no puedan producirse otras crisis y caídas. El «frente del rechazo», lejos de resquebrajarse, se consolida y hasta tiende a ampliarse con la inclusión de Jordania, reconciliada con la OLP. En cuanto a la URSS que, es evidente, se cuida del «frente del rechazo», no desperdicia oportunidad para hacer sentir el peso de su influencia en una región vital para los Estados Unidos y Europa occidental, que pueden pasar por muchas jugadas soviéticas, menos por la asfixia económica.

El tiempo dirá si el Tratado egipcio-israelí ha modificado el panorama político en el Próximo Oriente al extremo de asentar la paz o ha creado nuevas condiciones que propician la proliferación de tensiones, simplemente.

IRÁN: LA REPÚBLICA ISLÁMICA SE HACE A LA MAR

Los días 30 y 31 de marzo el pueblo iraní hubo de pronunciarse sobre la instauración de la República Islámica o el mantenimiento de la Monarquía. La supeditación del ayatollah Jomeini al Corán explica las peculiaridades de esa consulta popular, por cuanto ninguna sura del Libro menciona un referéndum. De ahí que en Irán se dieran pintorescas modalidades de voto: falta de cabinas, papeletas de colores diferentes—verdes para el «sí» y rojas para el «no»—, a escoger a la vista de todos, improvisadas urnas entre las que figuraron jaulas y lavadoras y, finalmente, escrutinios efectuados bajo la benévola mirada de los «mullahs» pertenecientes a los «Comités de Jomeini», debidamente armados. En estas condiciones, el resultado de la consulta sólo podía ser sorprendente, imprevisible: 20.147.055 iraníes optaron por la República Islámica. Únicamente 140.966 héroes o suicidas se pronunciaron en contra. La «mullahquia» sustituía a la Monarquía, como dijera con humorismo un periodista galo. La democrática victoria de Jomeini no pudo por menos que impulsar a ciertos

embajadores de países europeos a felicitarlo apresuradamente en nombre de sus gobiernos y pueblos, mientras que los Estados Unidos proseguían la peliaguda búsqueda de un embajador que «sea persona grata» al nuevo régimen iraní y ocupe el vacío dejado por William H. Sullivan, comprometido con el Sha y llamado a Washington para «evacuar consultas».

Sin demora, el ayatollah Jomeini procedió a la solemne y emocionada proclamación de «su» República Islámica, cuya porque en toda la historia del Islam no hay precedente formal de semejante forma de gobierno. Posteriormente se convocaron elecciones constitucionales para el 1 de junio, pero fueron aplazadas días después. Nada de cuanto sucede permite vislumbrar un claro futuro para ese Irán removido en sus cimientos por el terremoto religioso-político o político-religioso. Sin tregua ni reposo, durante todo el mes de abril Irán ha suministrado inquietantes noticias de muy variada índole, puntualmente recogidas por los medios informativos. Son exponente de un caos y hundimiento económico que no remedia la reanudación de la extracción de petróleo ni mitiga el problema de tres millones de parados que empiezan a alborotar, mientras surgen movimientos separatistas y se suceden los juicios sumarísimos y ejecuciones expeditivas. La ejecución del antiguo primer ministro Amir Hoveida, la más sonada, actuó a modo de revulsivo en la conciencia universal, en su día generosamente volcada al lado del exiliado ayatollah, cuyo regreso a Irán no ha hecho sino incrementar la preocupación que origina esa área de vital importancia geoestratégica y económica para los países europeos y los Estados Unidos.

Desde luego, el incendio de Irán no es espontáneo. Es consecuencia de un fuego que desde hacía cerca de cuarenta años ardía soterradamente pese a la oposición acallada y drásticas medidas de seguridad. Al socaire de un régimen de autoridad, el Sha creyó posible convertir a Irán, a marchas forzadas, en una nación occidentalizada, gran potencia industrial, dotada de uno de los mejores ejércitos del mundo y provisto de armamento muy sofisticado, demasiado en realidad para las necesidades defensivas de ese país y su nivel cultural. Tales planes desmesurados coincidieron con la conveniencia política y estratégica de los Estados Unidos—y por extensión, del mundo occidental—de tener en la región del Pérsico, emporio petrolífero, un «gendarme», sobre todo después de la retirada de Gran Bretaña «al Este de Suez». Tampoco es de soslayar la conveniencia comercial para los Estados Unidos—y otros países—de animar al Sha a industrializar y perfeccionar el ejército a todo trapo, aunque fuera en perjuicio

de necesidades perentorias de Irán, donde no menguaba el paro y la pobreza. Pero la industrialización y modernización del ejército era un medio de recuperar petrodólares, aunque tales dispendios dejaran fuera del necesitado Irán los ingentes recursos procedentes del petróleo, como ya hiciera observar *The Economist* en 1976. La oposición política y en particular la religiosa de los ayatollahs y los mullahs explotó el descontento popular originado por esa situación. Y todo lleva a pensar que también la URSS, lógicamente incomodada por la instalación en Irán de puestos de espionaje electrónicos cuya existencia confirmaron declaraciones del secretario norteamericano de Defensa, Harold Brown. Pretender ponerle cerco a la URSS resulta un poco infantil. Los elementos subversivos que puede introducir o fomentar en un país se cuidan de que ese país caiga en su zona de influencia o, cuando menos, se hurte a la influencia norteamericana. No hay que olvidar que la vigilancia policiaca del régimen del Sha no pudo impedir que siguiera existiendo en Irán el Partido Tudeh, comunista. En suma, entre unos y otros se cavó la fosa donde ha caído Irán, su ejército, su industria y también el tinglado de la defensa periférica del mundo occidental, surgiendo en esa región—que no se limita a Irán—una amenaza de la que depende la supervivencia económica del mundo occidental, que es tanto como decir su supervivencia a secas.

Ante esa eventual catástrofe, los Estados Unidos tienen no menguada responsabilidad en razón de las perplejidades de su política, tan pronto como se inició la crisis de Irán que, por cierto, siguió como la sogá al cubo el viaje a Teherán del presidente Carter en enero de 1978. Porque las dudas del presidente Carter en cuanto a la actitud a adoptar han sido consecuencia de las discrepancias entre el Departamento de Estado y su consejero en materia de Defensa, Zbigniew Brzezinski. Según Cyrus Vance, su equipo y Georges Ball, antiguo subsecretario de Estado de la Administración Johnson, la crisis iraní era un problema interno del que los Estados Unidos debían inhibirse, aun aconsejando al Sha que abandonara el país. Frente a ese grupo de presión actuaba el capitaneado por Brzezinski que, considerando las implicaciones geopolíticas de la crisis estimaba la necesidad de actuar con energía, ya que la falta de determinación daba ventajas a la URSS fronteriza, aparte de afectar la credibilidad de los Estados Unidos ante amigos y aliados, como efectivamente ha sucedido con Arabia Saudita, más que reservada ante las promesas de apoyo en caso de necesidad que le ha prodigado Washington. A un momento dado, Brzezinski se ganó al presidente Carter. Barcos de guerra, entre

ellos el portaaviones «Constellation», salieron de Manila rumbo al Pérsico. La navegación había de durar unos días. Entre tanto, el Departamento de Estado volvió a la carga. Los barcos suspendieron viaje. Mientras, en Irán, los acontecimientos seguían su curso y el general Huyser, comandante jefe de las fuerzas de la OTAN en Europa, se trasladaba en enero a Teherán para incitar al Sha a «tomarse unas vacaciones» y el ejército a apoyar al presidente Bajtar, en quien los Estados Unidos tenían puestas sus esperanzas de favorable solución de la crisis. Teóricamente aceptable, ese planteamiento tenía un fallo. Lo señalaba *Le Nouvel Observateur* del 18 de diciembre pasado: existía malestar en el ejército, aunque pocos se hubieran atrevido a desertar. No bien el Sha abandonó el país, se produjo el regreso de Jomeini, la desbandada del ejército, la caída del gobierno Bajtar y todo lo que ha seguido, sigue... y seguirá.

En resumen: la crisis de Irán y sus consecuencias son exponentes de los riesgos que para el mundo occidental se entranan en un marco globalizado definido por el consejero de Defensa Zbigniew Brzezinski: «Actualmente —ha dicho— la amplitud de la crisis afecta a un grupo de países de la costa del océano Indico: literalmente, un arco de inestabilidad que puede trazarse en un mapa desde Chittagong, en Bangladesh, que cruza Islamabad, avanza hasta Turquía y desciende por el Oriente Medio, Egipto y Sudán hasta Africa del Sur.» La delimitación de la amplísima zona de inestabilidad, según el arco trazado por el señor Brzezinski, es tanto más convincente cuanto que las simples noticias de prensa y medios audiovisuales avalan lo acertado del diagnóstico. Lo que no sea acaso tan convincente es el tratamiento preconizado, es decir, que responda exactamente a un arco de estabilización el recientemente trazado en Extremo Oriente por los consejos y presiones de Zbigniew Brzezinski, representante de la tendencia «dura», y sus colegas en los gobiernos y la Trilateral.